

EL ANILLO DE Bambú

(Dos hermanas, el amor y la guerra)

NOVELA

CARLOS MARIO VELASQUEZ GONZALEZ

EL ANILLO DE BAMBÚ: Dos hermanas, un amor y la guerra.

Serie (ANILLOS NO METALICOS nº 1)

(by CARLOS MARIO VELASQUEZ GONZALEZ (Author)

Todos los derechos reservados

Nadie te ha dado nada por nada

Si nadie te ha dado el corazón...

Porque solo el corazón

Se da por nada.

>> ¡Imbécil, lo han matado! –escuchó.

La voz de su primo fue como una descarga eléctrica para Dani, que se puso pálido y dejó caer el teléfono. Aleja lo vio temblar, y mirar a su alrededor como si el mundo decolorase. Tanto lo había temido y ahora... Le parecía imposible que aquello fuera cierto. Corrió al balcón. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? La ciudad era un hervidero.

- ¡Lo mataron, Aleja, lo mataron!
- ¿A quién?
- Eso lo transforma todo, lo adelanta todo.

- ¿A quién mataron?
- Debo dejarte en tu casa. ¡Se aproxima mi destino! ¡Vamos!

Sacó su coche del garaje y condujo esquivando fuegos de llantas, bocinazos, fogonazos de escopetas e histeria colectiva.

- ¿Y Jenny? ¿Estará a salvo Jenny?
- No lo sé, no puedo saberlo. Debe estar en casa.
- Debes verificar que está en la casa y decírmelo.
- Lo haré Dani, lo haré. ¡Cuánto la amas!

Cuando llegaron un recluta prestaba guardia en la casa del tío Vélez. Aleja entró y salió inmediatamente, perseguida por los baladros de su madre.

- Jenny está en la casa. No te preocupes.
- Aleja, volveré. Te lo prometo.
- No lo prometas. No te preocupes, estaré bien. No me has dado nada, porque no me has dado el corazón. En cambio yo... yo el corazón te lo doy por nada. Ve a cumplir tu destino. Es tu obligación, sé ese nuevo liberal.

Era una mujer excepcional. Nunca le vio tener miedo. Su rostro estaba atravesado por una zigzagueante lágrima.

Aleja Vélez discutía con su madre por enésima vez aquel mismo tema.

- ¿Por qué hay que secarlo así? Los Ángel se hicieron ricos a nuestros ojos. Los carromatos están desapareciendo de las fincas. El café se seca mejor en marquesinas de túnel.

- Es bastante costoso, pero a tu edad, no se sabe mucho de dinero. Tu padre lo tiene, no es que no tenga con qué reformar su beneficiadero. Pero... no le interesa, así lo hizo su padre y su abuelo. Y su tatarabuelo. La almendra madura mejor con el sol en pleno.

- Es lento, los tiempos cambian. Además es mucho trabajo... ma. Hay que estar con el revolvedor una y otra vez...

-Vete a hacer otra cosa y no discutas como una beata. ¡Con dieciséis años y discutes como una vieja amargada! Y no vayas a poner esa musiquita.

- ¡Odio que en esta casa no se pueda escuchar música moderna! ¡Odio que no se puedan hacer fiestas! Los Bermúdez celebraron los quince años de su hija, tiraron la casa por la ventana, y...¡ a kilómetros a la redonda se escuchaban los porros y la música de diciembre! ¡Estamos en 1947! - ¡No quiero vivir a la antigua!- pensó Aleja

abiertamente insolente, con deseos de seguir la discusión acalorada, juntando todas las puntas de una vida estancada en el siglo pasado

-¡Estás en esa edad tan difícil! Tendré que bañarte con aguas aromáticas para que se te quite el melindre. ¡Eh, que cosa!

Doña Luisa le quitó a Aleja el rastrillo de madera con el que zarandeaban la almendra del café sin dañar su pergamino.

-¡Si no aprendes a aceptar las razones de los mayores... pobre de ti! Deja que yo termine de revisar el grano. Ve y toma aire, mocosa, quizá se te bajen los humos propios de tu edad.

Al verla enojada y encendida le dijo con un hilillo de voz distante de lo que había sido su vozarrón anterior.

- Lo siento, madrecita.

Pero en el fondo se alegró de que la relevaran de aquella tarea. Salió del patio y entró en la casa en un santiamén. Quedó ciega momentáneamente. Al llegar al salón principal escuchó que su hermana Jenny, que se encontraba con el novio y dos amigos, lidiaba con las resonancias de la guitarra acústica. Las notas destempladas morían en el ambiente. . Pensó, como muchas otras veces, en lo distintas que eran. ¿Por qué tenía ella todas las características de los Mora? El cabello rubio y liso, el color de ojos de un tenue verde oliva, la piel blanca tatuada de pecas, la estatura que le daba armonía a sus protuberancias. ¡La actitud y la paciencia de lidiar con la vanidad! La actitud y la paciencia de lidiar con la sociedad. Además de un buen trasero, altivo, en forma de manzana. Un buen trasero. No como el suyo, plano como una tabla. Los hombres se fijaban en su hermana, la deseaban, la codiciaban, se batían por ella. Solía maquillarse llamativamente, usaba tonos encendidos en las mejillas, que parecían de picadura de abeja, y en sus labios, un rojo carmesí. “¡Distinta a mí, que puedo pasar desapercibida en cualquier salón de baile! ¡Qué digo, creo que podría pasar desapercibida en una cárcel de hombres! Nada tiene que ver con que mi hermana me lleve tres años. También me lleva tres

tantos en belleza. Soy como las tías Vélez, una creación sin curvas. Mis ojos son pardos, como el pasto seco. Mi boca es pálida como un arbol de invierno. Tengo Un par de limones en el pecho. Para colmo de males mi trasero es una mesa de planchar. Los hombres me dicen que aún soy una niña, me ven muy corta para mujer. Sé que nadie se ha fijado verdaderamente en mí y un piropo se les queda obstruido en la garganta. Sin embargo... ella es lenta para pensar. Yo heredé la astucia, la sagacidad, el temple, la porfía de los Vélez. Sé castigar con mis frases hirientes, precisas, bien argumentadas. Ella no sabe defenderse de un insulto. Poseo la sangre fría para el terror y para el asco, me fascinan las pequeñas y azarasas criaturas, ella escapa mortificada frente a un sapo. Todo esto sin contar que he descubierto que ha sido una hermana mayor que nunca me ha salvado de nada. Aquella vez en el humedal, casi me ahogo, mientras ella miraba. Lo que ha sabido y le fue de utilidad como mujer, lo borró, no dejó huella, para que yo tenga que aprenderlo todo por mí misma. Poseo una ventaja frente a su egoísmo... soy fea, veo un mundo crudo, me muevo por lo general en contravía, nadie me ha cogido con pinzas, ni me ha endulzado con palabras. Puedo arriesgarme a ciertas cosas. A ella no le gusta jugar con su suerte. A mí sí con la mía. "

Las notas de la guitarra desaparecieron lentamente hasta dar paso a un silencio doméstico. De un momento a otro, de la habitación de Jenny salieron estrepitosas carcajadas de hombres. Habían intentado empezar una canción al unísono, pero la dificultad para armonizar les había hecho soltar la carcajada. Aleja pensó: "¡aunque no la espíe me encontré de frente con sus momentos más comprometedores. Coquetea con todos los hombres, a sabiendas de que está comprometida con Dani. Es una solapada. Si no fuera mi hermana diría que es una... Bueno y Dani es un tonto, no me queda la menor duda. Se da cuenta obviamente de su sutil coqueteo, que disfraza de simpatía, y no parece reñirla o si lo hace, es discreto. A veces pienso que se mantiene en las nubes. No sé si es un valiente o está envalentonado en contra de algo o de alguien. Se casará con ella, estoy segura, porque Don Jonás solo tiene palabras de admiración para él. Ha dicho que sí, abiertamente, y el hecho de que le deje

llevar la alianza es una muestra de que está de acuerdo con esa boda. Imagino la fiesta. Será famosa en toda la región. La familia de Dani es rica, y sus padres también quieren a Jenny. De modo que todo el mundo está de acuerdo con esa boda, menos yo. Oh, Dani, si te dieras cuenta de que mi hermana es de cascos ligeros..."

Pensó en unirse a ellos. Pero, como siempre, parecían un grupo compacto. ¿Habrà, en Islandia, en Japón, en Europa, o sucederá en cualquier otro lugar de la tierra que una chica ambicione el novio de su hermana? El día de la boda haré catarsis, sus pasos hacia el altar pisotearán ambiciones insospechadas, serán como una corona de espinas que recibiré con estoicismo... no me cortaré las venas por ello. No sé si les visitaré en su nueva casa, tampoco haré evidente mi desagrado"

Se escuchó el motor del Willys modelo 54. Su madre ordenó al conductor que lo cargara con empaque tres rayas para recambio.

- Debo ir al pueblo, hija. Voy a pedir garantía del empaque, que esta vez ha salido malísimo. No descuides a tu hermana. No le quites el ojo de encima. Tu padre ya debe venir a tres fanegadas por el camino de los romeros. Espero que seas atenta con el señor Jonás y no estés atolondrada y renegando, como siempre – le pidió a Aleja.

- Tranquila mamá, sabré atender a papá. Y cuidar de...

Aleja No tardó mucho en subir al balcón de la segunda planta. Desde allí podía verse toda la majestad de la región del Suroeste Caldense. La costra de carboneros sobre la cresta de los cerros. Había llovido en la mañana, luego hecho sol y de la serranía bajaban, en olas densas y flemáticas **las fetideces de la tierra mojada. Con su mirada perdida entre los vivos verdes**, atenuados por cerradas neblinas, descubría granos rojos, ramas florecidas. Aquel paisaje lo conocía desde niña, lo amaba igual que a sus muñecas que hacía poco había dejado en el olvido. De pronto todo quedó, de nuevo, en el más absoluto silencio. Aleja se dio cuenta de que en la habitación de Jenny jugaban a... bueno, pero qué tontería, aquello ya no era un juego. Empezó como un juego tonto, ahora tenía otro matiz. No

vigilaría a su hermana. Ella tendría que cuidarse sola. El cielo empezaba a cerrar la tarde. Volvían las gallinas, los perros, las vacas y una que otra gota de lluvia volvía a amenazar con un aguacero. Aleja decidió ir a la cocina para calentar el agua. La servidumbre usaba el fuelle. Escuchó cuando Los cuatro jornaleros se bajaban de las mulas de carga y soltaban los aparejos.

- ¡Luisa! ¡Luisa! ¿Pero qué se ha hecho esta mujer? ¡Jenny! ¡Jenny!- una voz estentórea resonó por toda la casa

Las risas cesaron en la habitación.

Aleja, sin verlo, supo que su padre se habría quitado las botas y se abanicaba.

Bajó el agua tibia, aromatizada con hojas de eucalipto, y la llevó en un cuenco grande para que el hombre metiera sus pies. Aquello le descansaba muchísimo su reuma y había sido un consejo del doctor.

- Hola, pá, ¿Cómo te fue? – de inmediato lo notó ceñudo- Te ves cansado. Mamá fue al pueblo a cambiar el empaque. Dice que ha salido de pésima calidad. Pero dime qué quieres, te atenderé mejor que ella.

El viejo Sentó en el sillón de fique su humanidad de sesenta y cinco años, de barba blanca, piel rojiza, cejas abundantes. Últimamente había empezado a tener dolor en las articulaciones.

- Mi pequeña, nadie en el mundo me atenderá mejor que tu madre. Ella conoce todos mis caprichos. Pero te valgo el esfuerzo.

Aleja se preguntó, por un instante, qué pasaría si su padre se enterase de aquello que sentía por Dani. Aunque era un hombre rígido, guardaba especial consideración por todos los caprichos de la hija menor, pero aquello era diferente. Podría, incluso, escandalizarse, prohibirle acercarse a él, enviarla a un internado. Y La sola idea de quedar en evidencia con su hermana le paralizaba de terror. Era su íntimo secreto, no podía contárselo a nadie, no tenía a quién